

art buchwald

ADIOS A DE GAULLE

WASHINGTON.—La primera persona a quien llamé cuando oí que De Gaulle había presentado la dimisión fue a mi tía Molly, que vive en Brooklyn. Si ustedes recuerdan, el año pasado estaba tan enojada con De Gaulle que no quiso volver a hacer tostadas francesas, ni comprar más mostaza francesa, ni comer más patatas fritas a la francesa. Para demostrar que estaba realmente enfadada, hasta suprimió los gemelos franceses de las camisas de su esposo, mi tío Phil.

Creí que se alegraría con la noticia de que De Gaulle había dejado el poder, pero no fue así. En realidad, me pareció que había estado llorando.

—Bueno, tía Molly —le dije—. Por fin lo echaron. Supongo que te sentirás feliz.

—Es gracioso —me contestó—. Creí que iba a estarlo, pero me siento más bien triste.

—Pero, ¿por qué, tía Molly? Estabas siempre tan enojada con él...

—Esa es la cuestión. ¿Contra quién voy a estarlo ahora?

—Ya habrá otro presidente francés...

—Un cualquiera, comparado con De Gaulle. El general tiene altura, majestad. Cuando una estaba enojada con él, sabía exactamente contra quién lo estaba. No habrá otro francés de su clase.

—Me sorprendes, tía. Creí que lo ibas a celebrar.

—¿Qué hay que celebrar? Leyendo el periódico se adivina a un cualquiera en su lugar. Al menos De Gaulle nos proporcionaba siempre algún motivo de excitación.

—Pero ahí siguen estando los líderes soviéticos, tía...

—Nómbreme uno.

—Así, de repente, no puedo hacerlo. Pero estoy seguro de que hay algún dirigente soviético que puedas odiar.

—Nadie podrá hacer hervir mi sangre como De Gaulle. Se lo debo todo. El, personalmente, me convirtió en una francófoba.

—Ese es un alto elogio viniendo de ti, tía Molly. Pero no olvides que De Gaulle no ha muerto. Está vivo y sano en su casa de Colombey. ¿No puedes seguir enojada con él aunque ya no sea presidente?

—Eso sería desperdiciar el tiempo. Lo interesante de estar enfadada con De Gaulle era que él estaba en todo, en la televisión, por ejemplo, y yo le gritaba al verle en la pantalla: "No te metas conmigo, Carlitos". Pero ahora ya no tendré oportunidad de volverlo a hacer.

—Probablemente no —admití—, pero ya encontrarás a alguien con quien estar enojada. ¿Qué me dices de Fidel Castro?

—No te atrevas a compararlo con De Gaulle.

—Lo siento, tía Molly. ¿Qué me dices de Mao Tse-Tung?

—Tampoco es lo mismo. Mao no ha atacado nunca al dólar.

—Si pudiera hacerlo, lo haría —afirmé.

—Por favor, no trates de consolarme. Un De Gaulle surge sólo una vez en la vida de una persona. Nunca olvidaré cuando anunció que Francia abandonaba la Alianza Atlántica. Me sentí muy mal durante un mes.

—¿Y cuando dijo que Quebec era parte de Francia?

—¡Oh! —dijo mi tía—. ¡Qué nervios tiene ese hombre! ¿Y cuando afirmó que jamás permitiría que los ingleses entraran en el Mercado Común? Me puse furiosa a pesar de que soy antibritánica.

—Eso sí que eran buenos tiempos... —dije en tono nostálgico.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que regrese al poder? —me preguntó mi tía con cierta esperanza.

—Siempre hay alguna probabilidad, pero yo no contaría con eso. Vas a tener que buscar a alguien más contra quien enojarte.

Y pude oírlo llorar. Luego dijo:

—No resulta nada fácil. Francia perdió un presidente y nosotros, los norteamericanos que odiamos a Francia, perdimos una manera de vivir...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

LA EDAD DE MORIR

¿Hasta qué edad tiene un ser humano derecho a que los médicos combatan por su vida? Los más antiguos códigos morales y la ética de la profesión médica parecen señalar que no hay límites en esta lucha que se sostiene hasta el último momento. Desde hace algún tiempo, sin embargo, aparecen corrientes contrarias. Las acaba de exponer, con cierta crudeza, el doctor Kenneth O. A. Vickery, en una conferencia pronunciada ante la Real Sociedad de Salud. Su párrafo clave es éste: «En una nación cristiana es impensable tomar en consideración la eutanasia. Pero en una comunidad que no puede sostener todos sus enfermos crónicos y donde los lechos de los hospitales están bloqueados de tal forma por los ancianos que los jóvenes que requieren tratamiento médico no pueden ser admitidos, no podemos diferir durante más tiempo la cuestión de la supervivencia médica, la cual, a pesar de haberse manifestado con éxito en las prácticas médicas corrientes, es uno de los más crueles azares con los que nos enfrentamos». El doctor Vickery cree que ha llegado el momento de que las personas de edad en los hospitales no reciban más que un tratamiento de alivio de los síntomas, y el personal sanitario se vea «liberado de la obligación oficiosa» de mantenerlos vivos. La edad que sugiere para el límite de los tratamientos de supervivencia es la de ochenta años. Como ejemplo ha presentado el caso de Eisenhower. Víctima de siete

complicados. Este tipo de medicina es antisocial, en el sentido de que sólo se puede aplicar a ciertos individuos privilegiados. El proceso que se siga en ese camino requerirá unos gastos y una ocupación de talentos que no beneficiará a la comunidad. La declaración del doctor Vickery —funcionario del Departamento de Salud en la ciudad de Eastbourne, que por ser refugio de retirados le permite estudiar los problemas de la vejez— ha levantado una considerable tempestad. La fijación de una edad para morir es, naturalmente, arbitraria. La Asociación Médica Británica ha declarado inmediatamente que «no puede estar de acuerdo en que pueda haber una edad límite tras la cual se modifiquen las obligaciones del doctor para con su paciente», y el Departamento de Salud al que pertenece Vickery ha dicho que éste expresaba «exclusivamente sus puntos de vista». Inesperadamente ha recibido una ayuda que le llega precisamente de los ancianos. Ernest Mellinger, que es secretario general de la Federación Nacional de Ancianos Pensionistas, y que tiene ochenta y tres años de edad, ha dicho que no cree que sea justo «traer de nuevo un anciano a la vida cuando está casi muerto». «Cuando una persona se aproxima a la edad de morir debe ser abandonado a la muerte. Es un hecho natural que cuando uno llegue a viejo la muerte no le importe demasiado. Si me encontrase repentinamente enfermo y pensase que no podría me-



Bertrand Russell: noventa y seis años contra los cincuenta y dos del doctor Vickery. Eisenhower: un año más a base de medicamentos.

ataques cardíacos, de una oclusión intestinal y de una pulmonía, el general Eisenhower se mantuvo vivo durante cerca de un año. Se ha atribuido su supervivencia a su capacidad física de resistencia, a su vitalidad, cuando lo cierto —según Vickery— es que se trató exclusivamente de una supervivencia médica en la que el paciente se mantuvo gracias a la administración de drogas especiales y a la aplicación de aparatos mecánicos y eléctricos

jorar, preferiría ser abandonado a la muerte. Un anciano ilustre, sir Bertrand Russell —noventa y seis años— es, en cambio, totalmente opuesto. Dice el filósofo que «el doctor, evidentemente, no es suficientemente viejo como para saber más». Vickery, en efecto, sólo tiene cincuenta y dos años.

(Véase el reportaje «¿Por qué mueren antes los hombres que las mujeres?», páginas 45 a 53.)

ESTADÍSTICAS DEL TRABAJO

La OIT es poco optimista

El «Anuario de Estadísticas del Trabajo» del año 1968, que acaba de ser publicado por la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), muestra, una vez más, las grandes diferencias salaria-

les y de nivel de vida entre los países desarrollados y los subdesarrollados y señala que ese peligro aumentará en relación directa con el de la demografía irregular. La población del mundo